

José Venegas

UN GRAN ESPAÑOL: PALABRAS DE BLASCO IBÁÑEZ

(*El Liberal*, 7-5-1921; extracto en *La Prensa* [Santa Cruz de Tenerife], 15-5-1921)

Las cuatro de la tarde. La estancia se envuelve en la luz clara del día primaveral. En pie, junto al amplio ventanal abierto, Blasco Ibáñez habla. Le escuchan unos cuantos amigos, periodistas que preparan interviús para telegrafiarlas a provincias y a América, admiradoras del gran escritor.

Nosotros entramos silenciosamente. Y nos unimos a los que escuchan.

El pueblo gigante

Blasco Ibáñez habla de Norteamérica. Su palabra fluida evoca la estancia de un año en la nación poderosa. Describe con ampulosidad oratoria; se ayuda con la imagen que parece modelarse, adquiriendo contornos. Sus manos finas auxilian a sus palabras claras. Extiende los brazos, los recoge sobre el pecho haciendo destacar los dedos blancos sobre la americana azul. Se encoge de hombros. Ríe. Mueve la cabeza rápidamente, apoyando con el gesto la dicción.

La impresión de Norteamérica va naciendo en pinceladas rotundas: son detalles sueltos, aspectos distintos que liga el novelista para ofrecer a sus oyentes una visión clara del pueblo yanqui. Ahora es el poderoso influjo de la mujer, su cultura general, tan distinta de la del esposo que se especializa en un solo conocimiento.

—Una mujer yanqui —dice— puede traducir del griego un trozo de Eurípides y freír un par de huevos maravillosamente. Y tiene el orgullo de lo último, más que de lo primero.

Luego hace distinguos: no todas son así; tampoco son las yanquis excéntricas que vienen a Europa. Y habla de la vida familiar, de la influencia decisiva de la mujer en Norteamérica.

Después recoge la multiforme variedad del pueblo. Evoca las razas distintas, sus cruzamientos, su pintoresca heterogeneidad. Es la moderna Babel, en la que todos los pueblos se funden para que la descendencia sea yanqui.

Más tarde es la risa, la alegría del pueblo joven; su intensa espiritualidad, reflejada en sus universidades asombrosas, siempre creación de las fortunas particulares; su democrático respeto a la ley...

Al hablar de la fuerza potente del pueblo yanqui, quiere dar con la palabra, con las manos, con el rostro, con el cuerpo entero, la idea de un gigante bueno y optimista.

—A mí me ha costado treinta años de lecturas y viajes lo que un niño yanqui aprende en una tarde. En la universidad tiene una reproducción exacta, extendida en el bosque inmenso, del Partenón, de las pirámides, de los palacios florentinos, de todos los valores arquitectónicos que ha creado el mundo...

El españolismo de Norteamérica. España es la nación de moda. Se estudia su idioma, se ama a sus artistas. ¡Hay tanto sedimento español en el pueblo yanqui!

—En Los Ángeles —dice— hay una señora yanqui, respetabilísima, que da el «buen tono» a la ciudad. Es un honor ser presentado en su casa. Esa señora se llama —Blasco Ibáñez se detiene, sonrío, y, bajando la voz—, se llama... doña Conchita Sepúlveda.

Solo habla el insigne novelista. Sus pausas dejan un silencio profundo. Blasco Ibáñez ama este dominio del auditorio. Se detiene, pasa la mano por la frente amplia, en la que cae despeinado un mechón negro con algunos hilos grises, y en seguida vuelve a hablar, con un tono cálido, vibrante, poderosamente sugestivo y evocador.

Cuenta incidencias de su viaje, se maravilla ante la fuerza prodigiosa de la prensa.

—Cada hombre hace caso de su diario; tiene fe absoluta en cuanto le dice; sigue sus opiniones, se orienta por él y por su esposa en cuanto ignora...

La obra inmediata

Ya recogen sus lápices los periodistas que han ido tomando notas rápidas para retener la palabra de Blasco Ibáñez. Se despiden. Quedamos en una mayor intimidad.

Le preguntamos sus planes, sus proyectos inmediatos.

—Voy a reconstruir un hotel que tengo en Madrid, para hacerlo habitable. Con esta serán cinco mis viviendas: la casa de Valencia, mi residencia «Malvarrosa», la casa de París y el hotel de Niza. Pasaré la vida entre Madrid, Valencia y París. ¡Tenía grandes deseos de regresar a España! Viviré en España la mayor parte del tiempo. Ahora voy a Valencia, regresaré después a Madrid y luego iré a recorrer Extremadura.

Hacemos un gesto de extrañeza. Blasco sonrío.

—Preparo tres novelas y para eso necesito ir a Extremadura. Serán tres novelas modernas, de noción contemporánea pero de evocación histórica. Son tres novelas dedicadas a la epopeya española: al descubrimiento y conquista de América. Para escribir la primera tengo que ir a Aviñón y a Peñíscola. Es la novela del papado español: el antipapa Luna; aquel oscuro sacerdote de Valencia, primer Borgia, que había de ser Calixto III; el otro Borgia, el magnífico Rodrigo; Alfonso V de Aragón... Es el

Renacimiento español, la Edad Media, el caballero Tanhauser. Llevo dos años pensando y estudiando esta novela mediterránea; quiero recoger en ella una concepción de los Borgias, bien distinta de la que expresa la historia vulgar, creada al conjuro de las calumnias que se cebaron en ellos...

La segunda novela es Colón: los Reyes Católicos, la conquista de Granada, la unidad nacional y la figura del excelso navegante.

La tercera serán los conquistadores: quiero ir a Trujillo, pasearme por sus calles, conocer a sus habitantes y hacer, en la narración contemporánea una evocación de aquel Hernando de Soto, que conquista Florida; de Hernán Cortés, de todos los que no conociendo más que los cauces estrechos del Tajo, se lanzaron a los mares remotos y luego, en tierras ignoradas, realizaron la epopeya mayor de la historia. No hay *Ilíada* ni *Odisea* comparable con esta aventura colosal...

Los argonautas no es sino el prólogo de lo que me propongo escribir.

Y para maravillarse y maravillarnos Blasco Ibáñez relata, como en las páginas de un libro, toda la excursión de los audaces conquistadores españoles; parece revivir Orellana y su menguada hueste de dieciséis hombres; los vemos cruzar por las tierras hostiles que luego habrían de llamarse peruanas; llegar al borde del lago inmenso, con aguas dulces y calmas; silbar sobre sus cabezas las flechas de las mujeres salvajes, que ellos llaman amazonas; seguir, navegar, hasta que no hay riberas ni el agua está dulce; es el Atlántico. Blasco Ibáñez tiene una exclamación gozosa: se ha realizado la empresa inaudita.

Baja la voz y refiere temeroso los peligros que aún hoy amenazan al viajero en el interior del nuevo continente; en las tierras de Bolivia, Ecuador, Paraguay. Por allí cruzaron los aventureros hispanos. No hay ni rastro de sus caminos.

Se sienta en el butacón gris que hay en el ángulo de la estancia, junto a la ventana abierta. Va cayendo la luz de la tarde.

Mi conducta y mis ideas

Hablamos de España.

—Sigo atentamente el movimiento intelectual de España: libros, cartas me mantienen en comunicación constante con nuestro país. Todos los días recibo *El Liberal*, que es una antigua lectura mía. Y tengo una opinión muy satisfactoria de la intelectualidad española. Pero, generalmente me he preocupado poco de lo que hacen los demás: soy egoísta y me interesa fundamentalmente lo mío.

Yo no soy un literato, como se suele entender esta palabra. Nunca me he reunido con escritores; he sido un compañero de los demás, afable y amigo de cuantos han querido mi amistad. Pero creo que el escritor debe estar solo, trabajar solo y reunirse con hombres que no escriban: negociantes, toreros, gentes que vivan un poco al margen de la ley... Buscar la vida y confundirse con ella. Una reunión de literatos hablando de libros, de ellos mismos, es un alejamiento de la vida...

No hay que preocuparse de los demás. En España tenemos —yo no lo he tenido nunca— el gran vicio del café: muchos jóvenes, mucha gente que quiere escribir o que escribe pasa horas interminables en el café, hablando mal de los ausentes. Yo les diría: bien; ayer empleó usted seis horas en demostrar que Fulano es un animal. ¿Por qué no emplea usted su tiempo en demostrar que usted no lo es? Deje a Fulano y sea egoísta; atienda a su obra; dedíquese a crear lo suyo...

Tal ha sido mi conducta siempre. Y escribo por un impulso irrefrenable. Si ahora no escribiese estas tres novelas, me pondría enfermo, no podría vivir... Luego que las escribo me quedo tranquilo. No tengo interés siquiera en publicarlas. Yo he destruido, quemándolos, doce mil ejemplares de una novela mía que no se ha publicado. Ahora mismo tengo escrita *El águila y la serpiente* y no la publico. He tenido que escribir de prisa otra novela para no faltar al contrato que había firmado. Se está publicando en inglés y no puedo publicarla en español hasta que no termine su publicación en el magazine que me la ha contratado.

En literatura, como en todo, soy intensamente liberal. Hay muchos escritores liberales en las demás aspectos de su vida, que quieren imponer como dogmas sus opiniones literarias. «Yo creo», dicen doctoralmente. No soy así. Hace veinte años me he deleitado con libros que ahora me parecen lamentables; libros que no me gustaban entonces, son ahora mis lecturas favoritas. No estoy seguro de que el año próximo pensaré como ahora...

Se está editando en Francia un libro de crítica sobre mi obra. Dice el autor que yo soy un intuitivo. Y ha acertado en la definición.

Blasco Ibáñez mantiene la postura viril de su físico. Por eso le gusta mostrarse en pie, erguido, derecho. Sobre el impecable traje azul oscuro, casi negro, espejea, a la altura del pecho, el cristal del monóculo, ceñido por un hilo de oro, pendiente de un cordoncito de seda. Sobre el corazón se destaca el triángulo blanco de un pañuelo.

En la corbata negra brilla la blancura irisada de una perla. En la solapa es una gota de sangre la roseta de la Legión de Honor. Sobre los zapatos de charol, los botines grises rompen la monotonía oscura de la indumentaria.

La testa se yergue altiva. Apenas si hay mechones cenizos. El rostro tiene una poderosa vitalidad rojiza y morena; se adivina en él la desaparecida barba que lo encuadraba, dándole un aspecto fuertemente levantino.

A las muñecas finas se asoman los puños blancos y blandos, listados de azul. Los dedos estrechos, largos, nervudos, de la mano izquierda lucen un cintillo de oro y una ágata negra engarzada en otro aro dorado.

No ha perdido el acento valenciano: constantemente asoma en sus palabras la ese silbante de las tierras levantinas. Pero hay un dejo exótico en los finales de los párrafos: a veces una gangosidad francesa, a veces esa melosa dulzura del habla americana...